



MI VIDA CON POTLACH

Inma Luna

Mi vida con Potlach

Inma Luna



9 de septiembre

Tomo té y me siento bien.

Hasta ahora prefería el café: respirarlo, beberlo, espirarlo.

Café.

El té está caliente y algo áspero. Parece que a su paso me arrancara láminas diminutas del paladar. Me las trago junto con el líquido verdoso. Lo noto, me hace bien. No dejo que se enfríe en el vaso de plástico. Necesito apreciarlo, advertir que me hiere, mínimamente, pero me hiere.

En estos días apenas siento nada. Todo es tan plácido que es como la muerte de suave.

El doctor Espinosa se llama Miguel.

Sonia acaba de salir por la puerta y ya está anocheciendo. Se va la luz más pronto porque es casi otoño. Cada vez más pronto.

Miguel Espinosa me trajo un cuaderno, me trajo un boli de tinta líquida, negro, de punta finísima.

—Escribe —dice Miguel Espinosa—. Escribe lo que sea, Luis, suéltalo todo.

El boli casi araña el papel, de tan fino. Las palabras se ven ordenadas y serias, parece que saben lo que dicen. En este instante puedo dar la impresión de ser feliz. Si respiro

despacio, y me paro a escuchar el silencio, noto la paz, parezco feliz mientras lo pongo todo por escrito.

—A lo mejor te duele —dice el doctor.

Aquí no duele nada, Miguel, aquí todo es muy fácil. Espinosa me seda para que la punta de mi boli se vaya deslizando así, como la seda, y mi cansancio dulce solo sabe pintar letras redondas y ajustadas. Sonia se acaba de marchar, nos hemos duchado juntos. Estoy tan limpio y blando que podría dormirme para siempre, como si nada.

Puedo acostarme ahora mismo. Si quiero me acuesto y nadie me molesta. Pero, aunque agotado, aunque relajado, no me duermo. Los brazos, las piernas, la espalda reposan en la cama, se adhieren al colchón y puedo cerrar los ojos, permanecer inmóvil muchas horas, pero no estoy dormido. O quizás sí, tal vez a veces me duerma sin saberlo, porque las horas pasan muy deprisa.

Es buena idea la de escribir, estoy seguro. Mejor que contestar preguntas para las que nunca tengo respuesta, mejor que seguir esforzándome en desplazar los miedos cuando atenazan. Mejor escribir, contar «sin orden ni concierto», dice Miguel, «lo que vaya saliendo».

Ahora lo que sale es decir que hoy estaba muy triste, que resulté patético suplicándole a Sonia que me llevase a casa, como un niño. Todavía no hace un mes que duermo sin ella y, sin embargo, me parece que aquello ocurrió en otra vida, que yo siempre he vivido aquí en esta habitación tan fresca y blanca, con este olor que se ha instalado ya en mi piel.

«Sonia, sácame de aquí, llévame contigo», le he dicho. Y

he llorado agarrado a su brazo.

Ella suspira, mira para otro lado, a la tele, colgada sobre nuestras cabezas. Me besa en el pelo.

Después, me ha acompañado al baño, se ha desnudado conmigo y ha dejado que el agua empapara nuestro abrazo y nos consolase.

Me gustaría pensar que me quiere también ahora, también así, pero a veces su gesto se crispa cuando la toco, sin darse ella cuenta, sin querer. Sus ojos están más duros cuando entra por la puerta y su mirada se desvía de vez en cuando hacia la muñeca en la que lleva el reloj. No obstante, sé que cuento con ella, eso es algo sobre lo que no puedo albergar dudas.

No hemos hablado mientras estábamos llenándonos de agua. Sonia tenía la piel de gallina y el pelo pegado en la frente. Creo que yo seguía llorando, aunque ya no me daba cuenta. La he mordido en el hombro y apenas se ha quejado, solo quería recordar su sabor. La he besado en la boca y ella se ha retirado un poco antes de que acabase el beso. Me hubiese gustado penetrarla, pero no puedo. Miguel me había advertido de los efectos secundarios de la medicación.

Acaban de servirme la cena: crema de salmón y tortilla de la huerta. De postre, un yogur de fresa.

Esta noche en la tele ponen una serie que me gusta sobre abogados. Voy a cenar y después me tumbaré en la cama a verla. Espero no quedarme dormido antes del final, cuando se resuelve el caso.

Ahora iba a escribir aquí algo de lo que haré mañana, pero mañana no sé lo que haré.

10 de septiembre

He estado esperando el atardecer. Será mejor escribir a esta hora para poder contar lo que ha ocurrido durante el día. Llevo largo rato sentado en el sillón que hay frente a la ventana. Trato de leer, pero me resulta difícil concentrarme. Sonia me trajo algunos libros, los he ojeado. No termino de leer ninguno, me aburren.

Hoy he cogido *Opiniones de un payaso*, de Heinrich Böll. El libro comienza con una fotografía a doble página del autor y su familia. Él, su mujer y sus tres hijos rubios. Böll mira a la cámara con gesto de resignada amabilidad, su mujer le mira a él con absoluta entrega, diría que siente un cierto agradecimiento por poder participar de su presencia, como si pensara que no se lo merece. Los niños son únicamente tres niños. Muy rubios, ya lo he dicho. Me pregunto si el escritor habría elegido esta foto para abrir con ella el libro. Más bien parece una foto para colocar sobre la repisa de una chimenea. En mi opinión, los escritores no deberían tener familia y, en caso de que así fuera, tendrían que ocultarlo a sus lectores, eso les resta intelectualidad y, para mí, pierden interés.

No obstante he leído hasta la página 25, sin enterarme de mucho, la verdad. Ha sido casi al final de mi lectura cuando algo ha llamado mi atención. Resulta que el protagonista de

la novela tiene el don de percibir olores por teléfono. De repente he notado como si alguna pieza encajara dentro de mi cabeza. Creo que yo también poseo esa capacidad desde hace algún tiempo. No lo he comentado con nadie y tampoco creo que ahora sea el momento adecuado para hacerlo. Hasta hoy ni siquiera yo mismo era del todo consciente, se trata de una de esas cosas que te parece sentir, pero rechazas por ilógica y eso que, últimamente, mi percepción de lo lógico y de lo ilógico tampoco se adapta con exactitud a lo establecido.

El caso es que al hablar por el móvil, en los últimos meses, y yo pensaba que era pura coincidencia, percibía aromas que no sabía muy bien de dónde emanaban. Ahora lo he comprendido, pertenecían a mis interlocutores. ¡Dios!, ha sido como una revelación, como un clic de ajuste.

El señor Schiner, en la novela de Böll, percibía un hedor a pastillas de esencia de violetas. A mí algunas personas me huelen por teléfono a caramelos de menta, otras, a perro mojado.

He pasado tiempo pensando en todo esto, tenía muchas ganas de ponerlo por escrito, quizá para que resultase más real, pero he esperado hasta el atardecer por pura disciplina.

Al margen de este descubrimiento, que me ha alegrado la tarde, los avances no han sido muchos. Me refiero a mi evolución, al descuento de los días que me quedan aquí.

Por la mañana he bajado al gimnasio a practicar ejercicio. Llevaba algunos años sin apenas moverme y es grato

recuperar la sensación de esfuerzo físico, destilar un sudor que parece nacer de mi mismo fondo, escuchar cómo retumba el palpito de la sangre en las sienes.

Hoy, Lucas, el entrenador, un chico de veintitantos, ha puesto freno a mi entusiasmo gimnástico. «Calma, Luis, no tan rápido», me ha advertido con un tono pausado, como el de un cura, «pequeños y suaves movimientos. Quiere a tu cuerpo, trátalo bien, siéntelo».

Sonaba a consejo budista, y aún más en su voz.

No le he hecho caso y he seguido a lo mío, machacándome, haciéndome sufrir. Claro que así siento mi cuerpo, es el único modo.

Después he tenido terapia. No estaba Espinosa; por lo que me han contado se ha marchado a un congreso de psicopatología en Valencia y no regresará hasta dentro de una semana. A ver si aprende algo. Es broma, no desconfío de él, pero quiero que finalice de una vez por todas su diagnóstico y me diga cuándo podré salir de aquí.

Así que la terapia ha corrido a cargo de la ínclita doctora Tía Buena Galán. Me desarma su timidez. No entiendo que una profesional de su categoría, que es mucha (me lo ha dicho Sonia, que tiene controlados a todos los facultativos que me rondan gracias a la red), inicie las sesiones con ese ligero rubor y la voz un tanto temblorosa. A medida que avanzamos en la conversación se va relajando y aumenta su firmeza, pero los inicios no dejan de parecerme deliciosos.

Creo que hoy me ha aplicado un test sobre la ansiedad. Todo esto también lo he aprendido de mi mujer. Cuando

Sonia me visita, me pregunta sobre las terapias que me están aplicando, yo se las describo y ella toma nota en una libreta para luego empaparse en internet y darme toda clase de informaciones en el siguiente encuentro. Me resulta entretenido, y es como jugar con ventaja frente a los psiquiatras.

Ahora sé, o intuyo, o intuimos Sonia y yo, que me están aplicando una terapia cognitiva conductual, que consiste en buscar la colaboración del paciente a través de métodos de conducta combinados con los emocionales para, básicamente, reestructurar el modo de interpretación subjetivo de la realidad.

Esto significa que pretenden conseguir que yo vea la realidad de otra forma.

Me hace gracia eso de modificar la visión *subjetiva* de la vida. Se ve que ellos tienen en sus manos la visión *objetiva* y me la quieren insuflar.

Sonia me dice que confíe, no obstante, así que yo confío.

La doctora Tía Buena Galán ha intentado hoy baremar mi nivel de pensamiento catastrofista. Es decir, quería saber si me preocupa que a mí o a mis seres queridos les ocurra algo terrible sin que nada lo pueda remediar. Si me asusto cuando suena el teléfono, si me preocupa el hecho de que mi mujer conduzca, si creo que me van a avisar de la residencia para decirme que mi madre se ha tirado por la ventana. En fin, ese tipo de angustias.

Pues no, doctora Tía Buena, nunca he tenido pensamientos relacionados con la anticipación de

desgracias, así que punto menos para usted, punto menos para mí y nuevo retraso en el diagnóstico.

Estuve tentado, por supuesto, de seguirle el juego y dramatizar para hacerla feliz, pero le prometí a Sonia no volver a jugar más con esas cosas después de haber realizado un test para Espinosa en el que marqué las crucecitas sin leer ni uno solo de los enunciados.

Cuando se lo conté a Sonia me encontraba de muy buen humor y me reí explicándoselo. Ella, sin embargo, se molestó muchísimo, me recordó el dineral que nos está costando la clínica y me preguntó si realmente tenía ganas de curarme o no. Además me llamó crío, inmaduro, imbécil y no sé qué más.

La doctora Tía Buena se quedó bastante decepcionada con mis respuestas. Sin embargo, al final de la conversación me pareció apreciar que había tenido una idea porque, de pronto, su frente se desarrugó y en su cara surgió una mínima sonrisa, que camufló con una tosecilla falsa. Creo que se le ha ocurrido alguna alternativa y tengo la sensación de que, a partir de ahora, las cosas van a avanzar mucho más rápidamente.

Seguro que lo primero que ha hecho, nada más abandonar la sala de terapia, ha sido llamar a Espinosa para comunicarle su corazonada.

Estoy impaciente por saber qué van a hacer ahora conmigo.

11 de septiembre

Hoy es el cumpleaños de Sonia. Cumple 36. La he felicitado por teléfono. No ha venido a verme. He sido yo quien ha insistido en que no lo hiciera. Ya es bastante jodido para ella tener a su marido en un puñetero manicomio como para verse obligada también a «celebrar» su cumpleaños en este deprimente entorno.

Ella quería venir, pero me ha comentado que algunos de sus compañeros le habían propuesto salir a tomar algo y, por supuesto, le he dicho que saliese con ellos y que, si se daba la oportunidad, se corriese una buena juerga.

Desde que empezó todo esto ha tenido mucha paciencia conmigo, aunque me haya portado a veces como un auténtico cabrón.

A toro pasado es muy fácil decir que las cosas se veían venir. Tal vez el día en el que verdaderamente se aprecia el cambio es solo un pequeño detalle el que nos pone en alerta, el que nos muestra la evidencia de las cosas.

Luego sí, es sencillo, luego pensamos —o la gente nos lo dice—, joder, claro, se veía venir... Pero es mentira, no se ve.

No estamos preparados para lo inesperado, para el derrumbe. No seguimos el proceso porque los detalles que cambian son mínimos, son imperceptibles.

O puede que no.

Quizá lo vemos, pero somos muy capaces de darle a todo visos de normalidad, lo necesitamos, es nuestra defensa.

Cogemos la pieza que no encaja en el puzle, la limamos, la ablandamos con un poco de saliva, o de lágrimas, la

introducimos, como sea, entre las colindantes y hacemos como que no nos damos cuenta de que no se acopla como debiera.

Algo así tuvo que hacer Sonia.

Eso fue al principio, cuando era posible que el paisaje siguiera pareciendo el mismo, que no se apreciase la chapuza. Cuando se despertaba a media noche y la cama era toda para ella, cuando mi tono de voz se elevaba considerablemente por encima de lo habitual, cuando...

Sonia acopló la pieza para que todo siguiera en su sitio. O al menos lo pareciese.

Ahora está conmigo. Así lo siento. Ella tiene la fuerza que a mí me falta. Y me la da.

Hoy es su cumpleaños y quiero que se divierta, quiero que sea feliz, que se ría.

Sin embargo, a cada rato, miro hacia la puerta con la esperanza estúpida de que haya cambiado de opinión en el último momento.

12 de septiembre

Hoy no me encuentro bien.

Al final Sonia no vino.

La doctora Galán ha decidido que es mejor que hoy tampoco reciba visitas.

Han aumentado mi medicación. Creo que anoche tuve una crisis. No me acuerdo de nada.

Tampoco recuerdo si he comido.

Es tarde.

Voy a dormir.

(Creía que dormiría, pero no).

Me he acostado, me duele la cabeza. Intento no pensar, aunque no lo consigo. Sin embargo no me pregunten qué es lo que pienso porque no lo sé. Lo lamento. Hasta ahora mis pensamientos han sido siempre simples y ordenados, enunciados con toda lógica como si mantuviese una conversación precisa. Ahora soy incapaz. Recuerdo cosas que ni siquiera sé si han sucedido, y me pierdo buscando los acontecimientos más cercanos. Qué ocurrió anoche, por ejemplo, no lo puedo decir.

Sé, por lo que aquí escribí, que esperaba la llegada improbable de Sonia. Me parece además que la llamé al móvil a última hora y creo..., ¡eso es!, ahora lo recuerdo, que percibí un olor muy poco familiar. Quizás el olor de otro hombre. Ahora estoy seguro. Era eso, el olor de otro hombre encima de Sonia.

No soy celoso. No soy estúpido. Si me lo planteo, ni siquiera culparía a mi mujer por acostarse con otro el día de su cumpleaños.

Es posible, sin embargo, que aquel olor me atravesase de mala manera y estando como estoy, con esta incomprensible fragilidad mental, me atacasen todos los fantasmas. Después del olor no hay nada más en mi cabeza. Al menos nada lógico. Puede que algunas caras, algunos gritos (probablemente míos) y, luego, abrir los ojos, frío y

oscuridad. Y cerrarlos de nuevo, aterrado, tanto de lo que hay fuera como de lo que hay dentro.

El miedo es largo y negro. Compruebo que aparece en el abdomen y trepa a la garganta, se agarra a los oídos, nubla los ojos. El miedo zumba en la cabeza y encoge cada músculo, aprieta y rasga, retuerce y taponar los sentidos. No está muy claro, por ahora, el objeto de mi miedo, la causa es abstracta y mutante.

Ha oscurecido. Me han quitado el móvil, como a un adolescente.

13 de septiembre

De nuevo sin Sonia.

Esta mañana tuve terapia con Galán y cree que es mejor que, por ahora, permanezca tranquilo. Tranquilo quiere decir solo. Hemos estado hablando sobre mis crisis. Creo que el cambio de terapia no será tan evidente como yo imaginaba. Ella me hace preguntas, yo intento responderlas. Ella anota. En fin... Esperaba un giro radical.

Nada es como esperamos.

Me ha preguntado por la primera crisis. No había hablado de ello desde que ingresé. Aunque parezca extraño, todavía no me lo habían preguntado.

Se sabe la fecha. En algún lugar está escrito: Finales de julio, primera crisis.

Lo sé porque varias veces han hablado de ello, pero nadie me había preguntado cómo empezó.

Hoy Galán me ha hecho cerrar los ojos y recrearlo todo.

«Procura darme todos los detalles, Luis, todo lo que recuerdes, por nimio que pueda parecerte».

La situación me ha recordado a las declaraciones policiales de las películas. Cualquier pista, por pequeña que sea, puede llevarnos hasta el asesino.

Así que me esforcé. Me puse en situación y, sin abrir los ojos, me fui sumergiendo en el recuerdo de la primera vez, como si fuese la vida de otro.

Acababa de regresar de Burgos, había ido a ver a mi madre, o a lo que quedaba de ella. Me habían telefoneando de la residencia el lunes anterior avisándome de que Maruja se había caído y se había hecho un esguince. Aplacé la visita hasta el viernes porque me resultaba imposible dejar en manos de los becarios el proyecto de la nueva intranet. Era el peor momento. Finales de julio, con la plantilla al mínimo. Los que no estaban de vacaciones, estaban a punto de cogerlas, y teníamos que dejarlo todo listo para cuando se reanudase la actividad, en el mes de septiembre. Llevaba tiempo enfrascado en la nueva red. Las cosas se habían torcido varias veces y el trabajo no terminaba de salir adelante. La universidad había invertido mucho dinero en la actualización, aunque yo estaba convencido de que no habían elegido las herramientas adecuadas para ponerla en marcha.

Salí hacia Burgos desde el campus, sin pasar por casa. Por la mañana había metido las cosas necesarias en el maletero del coche, pero aun así se me hizo de noche por el

camino. Cuando me encontré en la puerta de la residencia me di cuenta de que no me acordaba de cómo había llegado hasta allí, ni si había llenado el depósito de gasolina o había escuchado algún cd por el camino, nada. Me ocurría a menudo cuando iba del trabajo a casa, pero me preocupó un poco haber hecho un trayecto tan largo de manera casi inconsciente.

Hacía frío. No llevaba chaqueta. Miré el termómetro del coche, marcaba 7 grados. A eso de las ocho de la tarde había salido de Madrid con cerca de 30º. No sabía qué hacer. En la residencia solo se veían encendidas algunas luces en la planta baja y un par de ellas más en la segunda. Eran las once de la noche. Seguramente los viejos dormían desde hacía horas o al menos estaban en sus camas, a oscuras, quietecitos, insomnes y vigilados.

Me parecía tan absurdo entrar como marcharme al hotel a dormir. Miraba desde el aparcamiento el edificio sin decidirme. De repente sentí hambre. Mi madre seguiría allí por la mañana. Puse rumbo al centro, cené en el bar del hotel y me fui a la cama.

«Los huéspedes están desayunando», me advirtieron cuando pregunté por Maruja a la mañana siguiente. Tuve que sentarme a esperar en el vestíbulo del «Hotel Residencia Prímula».

Para matar el tiempo me puse a observar a la recepcionista. Era una mujer bastante joven, pero parecía que llevase allí miles de años. Su apatía hacía que encajase en la sala como un mueble más, un mueble neutro y

grisáceo, como todos los que decoraban aquella recepción. Mientras, entraba un sol azul por los grandes ventanales, que resaltaba la blancura del suelo y de las paredes. La mujer contestó un par de llamadas telefónicas con idéntica desgana, después revisó unos cuantos papeles y los distribuyó en dos carpetas. Cuando acabó con esa tarea se quedó mirando hacia la puerta, inmóvil, vacía, como quien no espera nada.

Empezaba a ponerme nervioso. Sin nada que hacer, sin nada para leer, con un paisaje tan vacío que contemplar... Me levanté y me puse a pasear de un lado a otro. La recepcionista no se daba por aludida. No se escuchaba ningún ruido, solo una melodía de piano a volumen muy bajo que salía de algunos rincones del techo, seguramente hilo musical. Nada hacía pensar que hubiese gente viviendo allí.

Aunque la temperatura era fresca, comencé a sudar y a respirar con un poco de agitación. Entonces la recepcionista reaccionó mínimamente y me ofreció un vaso de agua.

—¡No quiero agua, quiero ver a mi madre, joder! — respondí.

—Los huéspedes están desayunando —notificó el disco rayado de la mujer.

Salí furioso del edificio e intenté cerrar con un portazo, pero el diseño de la puerta me lo impidió. Solo logré hacerme daño en la muñeca mientras la puerta se juntaba con absoluta delicadeza y sin hacer ningún ruido.

La temperatura de la mañana me enfrió el sudor de golpe y me tranquilizó casi de forma instantánea. Aspiré dos largas bocanadas de aire y las expulsé esperando ver nubecillas de vapor saliendo de mi boca, pero el frío no era para tanto. Casi se me olvida que estábamos en julio.

Sintiéndome más relajado se me ocurrió dar un paseo por los alrededores de la residencia. El paraje era bonito, hasta ese momento no me había fijado. Rodeé los jardines de Prímula y encontré en la parte de atrás un frondoso bosque de pinos. Olía como el otoño. Pegado al bosque se encontraba un pequeño patio que ofrecía una imagen mucho menos aséptica de la residencia, con cubos de basura, hierros oxidados, algunas sábanas tendidas, toallas con agujeros, bayetas amarillas... Giré la cabeza. No quería ver eso. Crucé hacia el bosque y di unos pasos precavidos sobre la tierra roja. Tenía una estúpida sensación de miedo. Desde allí me giré y eché un vistazo al edificio. Las ventanas traseras eran muy pequeñas y todas tenían rejas, nada que ver con el moderno aspecto de la fachada principal. De pronto sentí un escalofrío y di un involuntario paso hacia atrás, golpeándome la cabeza contra el tronco de un árbol. Me parecía que en cada ventana había un par de viejos ojos que me requerían. Eché a correr hacia la puerta de entrada con el espanto en el rostro. La recepcionista me dijo que mi madre ya «se encontraba» en su habitación y que podía pasar a verla. Me recompuse avergonzado y cogí el ascensor.

La habitación de mi madre tenía la puerta entreabierta.

Asomé un poco la cabeza. La vi de espaldas, sentada en una butaca, mirando hacia la ventana con la pierna en alto. Su pelo rojo brillaba, las puntas reposaban con tranquilidad sobre su cuello. Siempre me sobrecogía lo hermosa que era. Me parecía increíble que esa mujer, a punto de cumplir los 70 años, conservara tal elegancia. Ella me presintió.

—Pasa, amor —dijo sin volverse.

Entré intimidado. Era todo tan triste...

—Hola mamá.

—Vamos, mi vida, no digas tonterías, siéntate a mi lado.

Me agaché para besarla. Olía a mi madre, pero no sabía quién era esa mujer.

—¿A qué has venido?

—He venido a verte, me dijeron que te habías caído.

—¿Caído? Nada de eso. He estado muy ocupada últimamente, no paran de llegar solicitudes y se trata de misiones complejas. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal te ha ido por... Berlín?

—Mamá, vengo de Madrid, soy Luis, tu hijo.

—No me hables como si fuera imbécil. Esta vez no voy a salir corriendo.

Me quedé en silencio. Mi madre me observaba con la mirada perdida, era como si pudiera ver a través de mí. Continuó hablando, al tiempo que movía un poco las manos sobre la falda.

—Tenemos cosas que resolver antes de emprender el viaje. Espero que hayas traído de Alemania todo lo que te pedí.

—Sí, mamá, todo.

—Deja ya ese cuento de mamá, aquí nadie te conoce. Puedes dejar de fingir..., *el ojo del alba* habló con el *Kraemer...*, espera —susurró. Y mirando al techo empezó a cantar muy bajito:

*ist jemand da, wenn dein flügel bricht
der ihn für dich schient, der dich beschützt
der für dich wacht, dich auf wolken trägt
für dich die sterne zählt, wenn du schläfst*

Nunca había escuchado a mi madre cantar en alemán. Lo hacía con tanta dulzura que parecía que se iba a desmayar de un momento a otro. Me puse de pie y me asomé a la ventana enrejada. Allí, abajo, estaba el bosquecillo, inmóvil y frío como un óleo. Me pregunté qué hacía allí. Qué sentido tenía ir a ver a una madre que no me reconocía, una madre cuya mente viajaba por un mundo ilusorio.

—Luis —oí.

Me giré emocionado, pero su rostro parecía no haber pronunciado jamás mi nombre.

—¿Qué? —pregunté esperanzado.

Ella se había perdido ya en el estampado de su vestido.

Regresé a Madrid esa misma tarde. Había tenido oportunidad de hablar con el médico de la residencia. El estado físico de mi madre era extraordinariamente bueno. No tenía hipertensión, ni colesterol, ni sobrepeso, ninguna alteración cardíaca ni problemas renales. Incluso el

esguince parecía ser una buena señal de la fortaleza de sus huesos, ninguno de los cuales se había roto con la caída. En fin, todo eran *buenas noticias*. Aquella mujer perdida en el abismo de su confusión podría continuar viviendo así un buen montón de años.

El calor sofocante me recibió en la ciudad nada más abandonar el fresco refugio de mi coche. Estaba muy cansado, pero no me apetecía volver a casa todavía. Llamé a Sonia desde el móvil y le dije que salía en ese momento de Burgos, que no me esperase levantada. Entré en un bar y pedí una cocaola light.

La imagen de Maruja flotaba sobre los cubitos de hielo de mi vaso. Los ojos claros y acuosos, la sutileza de las manchas que salpicaban su frente y sus mejillas, las manos largas y lentas sobre su regazo.

Cuando por fin llegué a casa encontré a Sonia en la cama, dormía. Me desnudé y me acosté junto a ella. Se me vino a la cabeza un pensamiento extraño.

—¿Extraño? —me ha preguntado la doctora Galán.

Continúo.

—Deseé que el cuerpo de Sonia estuviese dotado de un gran marsupio para poder meterme dentro, para quedarme ahí, a salvo, para siempre.

Me pegué a su espalda buscando calor. El frío de Burgos se me había quedado dentro y lo notaba como un picudo jirón de hielo en el estómago. Fue en ese instante cuando percibí que algo se quebraba en mi cabeza. Sentí el crujido, cómo se fraccionaba..., y me eché a llorar.

Lo que sigue es lo que me ha contado Sonia porque yo no recuerdo nada más de esa noche. Nada más salvo el olor a perro mojado.

—¿Qué te contó Sonia?

Me contó que el ladrido de un perro la despertó. Me buscó a su lado, pero la cama estaba vacía. Tenía la sensación de haberme oído llegar aunque ahora dudaba. Se tranquilizó al ver mi ropa tirada en el suelo y pensó que estaría en el baño. Volvió a oír al perro. Demasiado cerca, como si estuviese dentro de la casa. Me llamó y la respuesta fue un nuevo ladrido. Se asustó. Sentada en la cama pronunció mi nombre de nuevo y escuchó claramente el jadeo de un animal.

Sonia no se atrevía a levantarse. Siguió escuchando sin moverse. No se oyó nada más.

Al fin salió del dormitorio. La puerta de la calle estaba abierta y sobre el parquet de la entrada estaba yo, desnudo, abrazado a un enorme perro negro, dice que nos balanceábamos juntos en una especie de trance.

Cuando el perro la vio se dirigió hacia ella sentándose a sus pies mientras que yo continué mi vaivén de rodillas con la nada entre los brazos.

Sonia se quedó inmóvil un buen rato, sin poder digerir lo que estaba contemplando, como si fuera un sueño o una rara película, como una escena ajena que no le concernía. Su mente le impelía a ir hacia mí, pero no le acompañaban las fuerzas.

Tiritando logró por fin saltar por encima del perro y fue a

cerrar la puerta de la calle, pensó estúpidamente que estando dentro, en casa, la escena se recompondría recuperando la lógica.

Cuando se dio la vuelta, yo me había levantado del suelo y la miraba fijamente, el perro también nos observaba a ambos. Formábamos, supongo, un triángulo de confusión.

Ella tomó aire y se acercó a mí, iba a cogerme del brazo cuando, al parecer, yo solté un gruñido que la volvió a dejar petrificada. Sonia se echó a llorar entonces.

—Y tú, ¿no recuerdas absolutamente nada de todo aquello?

—Nada.

—¿Ni siquiera retazos?, aunque sean cosas inconexas, nos podrían ayudar.

Otra vez me sentía en medio de una investigación. La Galán es una detective a la búsqueda del origen de mi perdición. No obstante, pensando en Sonia y en lo que me dijo sobre la cantidad de dinero que nos está costando la clínica, intenté yo también indagar en las pistas.

—Recuerdo con mucha nitidez el hielo flotando en la cocaola que me tomé antes de volver a casa. Veía la cara de mi madre, una y otra vez, repetida en todos los cubitos. Creo que la volví a ver en sueños, cuando estaba abrazado a Sonia y también creo que soñé (o imaginé) que ella era la reencarnación de Matahari.

—¿Matahari?

—Bueno, es una tontería. Ella me habló de *el ojo del alba*

y me cantó en alemán, quizá por eso, bueno, es una estupidez...

—No, no. Continúa, por favor. ¿Por qué crees que saliste de casa aquella noche?

—Eso sí que no lo sé. Supongo que lo hice en sueños, sonámbulo o algo así.

—¿Alguna vez te habías levantado en sueños?

—Que yo sepa, no.

Seguimos hablando durante una media hora más aunque creo que no sacamos mucho en claro. Me preguntó por mi trabajo, por el estrés que podía suponer para mí el proyecto en el que estaba trabajando. Es fácil avanzar por ahí. Quiero decir que es muy sencillo concluir que esta crisis proviene de un estado de ansiedad y agotamiento provocado por mi trabajo. De hecho ese fue el primer diagnóstico de mi médico. No le dio mayor importancia. Me recetó ansiolíticos y antidepresivos y me recomendó descanso.

16 de septiembre

Ya respiro con calma. Se han ido las palpitaciones y los sudores que he padecido todos estos días, desde la última crisis.

Esta tarde, por fin, han dejado venir a Sonia.

Ha llegado pronto. Yo acababa de terminar de comer.

Está preciosa. Traía el pelo recogido en un moño con el pasador de mariposas que le compré en Bruselas y un traje

de lino de color crudo que le hace parecer aún más ligera y suave de lo que es.

Estaba preocupada aunque no quiere que yo lo note. Siento que me observa cuando no la estoy mirando y, cuando lo hago, enseguida desvía los ojos. Le he preguntado por su trabajo, no me ha contado gran cosa. Solo ha dicho que la investigación *está un poco estancada*.

Yo sé lo que ocurre. Su trabajo no puede continuar si ella no realiza una etnografía que le supondría pasar al menos un año viajando por diferentes zonas rurales de España y ahora no lo puede hacer, mi situación se lo impide. He cambiado de tema.

Le he detallado algunos de mis avances con la doctora Galán, la he notado un poco escéptica. Sé que prefiere a Espinosa. De hecho, si estoy en esta clínica es porque él es el jefe del equipo médico. Mi suegro lo conocía de un congreso en el que coincidieron y nos lo recomendó, *sin duda alguna*, después de mi segunda crisis.

De todos modos, he querido mostrarme positivo ante Sonia, positivo y tranquilo para que vea que estamos en el buen camino y que muy pronto saldré de aquí y volveré a casa con ella. Ha asentido con una leve sonrisa a lo que yo le contaba, aunque algunas veces me daba la sensación de que estaba pensando en otra cosa.

Después del teatral episodio que relaté a la doctora no ocurrió nada raro en bastante tiempo. El médico me diagnosticó estrés. Comentó, así como de pasada, que había sufrido «una especie de brote psicótico», que no era

motivo de preocupación por el momento. No, por favor, no. ¿Motivo de preocupación un brote psicótico? Claro, el estrés es algo cotidiano, algo que está en boca de todos y que casi todo el mundo padece. ¿En qué trabaja usted? Soy informático, trabajo en la universidad. ¿Cuántas horas al día? Pues..., eso nunca se sabe, ahora estoy con un proyecto... Doce, quince..., depende. No me diga más: estrés. Sí, bueno, no le digo que no, es un comportamiento un poco extremo lo de salir a la calle de madrugada, desnudo, recoger a un perro callejero, llevárselo a casa, pasar horas en trance, no reconocer a su mujer y, luego, no recordar nada de aquello. ¿Tuvo quizá un día especialmente duro? ¿Cómo? ¿Que venía de ver a su madre, demente, ingresada en una clínica? Hombre, demente no, clínica tampoco... Bueno, bueno, llámelo como quiera, eso es motivo más que suficiente para experimentar un episodio de este tipo. Le voy a recetar unos ansiolíticos, unos antidepresivos y unos relajantes, todo *muy flojito*, no se preocupe y descanse, sobre todo, descanse. Le prepararé los papeles de la baja. ¿Baja? No, no, imposible, imposible, ahora no puedo coger una baja. Sonia me apretó la muñeca reprobando mi respuesta. Tengo que dejar terminado el proyecto antes de que llegue agosto. Pues me temo que eso va a ser imposible. Ahora necesita reposo. El médico sonrió: *por prescripción facultativa, ya sabe lo que significa eso*.

No tuve más remedio que aceptar la baja porque la medicación me dejaba noqueado durante todo el día. Me

hubiese resultado imposible ir a trabajar en esas condiciones y, además, al mes de julio solo le quedaba una semana. Decidimos anular el viaje a Croacia que teníamos previsto para la primera quincena del mes de agosto y nos fuimos directamente a la casa del campo.

Cuando compramos esa casa no estábamos viviendo un buen momento. El trabajo quizás, el aburrimiento mutuo lo más seguro, nos habían ido convirtiendo en una de esas parejas que *sigue por seguir*, como me reprochaba Sonia en muchas de nuestras discusiones.

La casa azul nos salvó en ese trance. Aunque parezca ridículo, de repente, un proyecto común te puede devolver un poco de ilusión y la vida se hace menos penosa o, al menos, te lo parece.

Fue Sonia quien tuvo la idea, *una especie de iluminación*, decía ella, cuando encontró la casa a la vuelta de una visita a no sé qué excavaciones.

Desde luego su color era de lo más llamativo, pero no tenía a la vista ningún cartel que hiciese suponer que se encontraba en venta. Sonia siempre cuenta cuando habla con alguien acerca de la casa, que no sabe por qué frenó delante de ella y se quedó absorta ante su encanto. No es que fuera muy grande ni demasiado singular, pero el color, ese azul que le recordaba a los cielos del atardecer en aquel viaje que hicimos a Finlandia y que no había vuelto a ver en ningún otro lugar, ese azul como iluminado y vivo, la invadió de tal forma que se acercó hasta el centro del

pueblo y entró en el bar para preguntar si alguien conocía al dueño. Ya estaba dispuesta a comprarla.

Pues efectivamente la casa estaba en venta y solo tardamos un mes en obtener el crédito y tener en nuestras manos la escritura de compra. Ahora quedaba trabajo por hacer y los dos nos entusiasmos con la idea de reformarla con nuestras propias manos. Lo habíamos visto tantas veces en el cine... Una pareja feliz compartiendo las tareas de limpieza, lijado, pintura..., martillando, atornillando, cambiando bombillas, quitando telarañas, ajustando ventanas...

Pero resulta que la vida no tiene mucho que ver con las películas y a los dos días de empezar la tarea nos dimos cuenta de que o llamábamos enseguida a una cuadrilla de profesionales o terminaríamos tirándonos el uno a otro por una de las hermosas barandillas de hierro forjado que decoraban los balcones.

Hacía ya cuatro años que pasábamos la mitad del verano en la casa azul. Prácticamente nos lo impusimos como lugar de reencuentro cuando la compramos, fue una especie de *renovación de votos matrimoniales*, como decía Sonia de cachondeo, pero hasta ese momento lo habíamos cumplido. Aprovechábamos esas dos semanas para relajarnos juntos y, aunque en realidad no conversábamos mucho, la idea de permanecer fuera de nuestras rutinas nos proporcionaba una reconfortante sensación de seguridad, allí estábamos a resguardo de las inclemencias.

Este verano llegamos a la casa a principios de agosto con

la intención tácita de olvidar todo lo desagradable. El perro iba con nosotros. Después de aquella madrugada ninguno de los dos tuvo corazón para devolverlo a la calle, había compartido una escena tan extraña y dramática que se convirtió de golpe en un miembro de la familia.

La verdad es que no fui demasiado cuidadoso con la medicación y dejaba de tomarme las pastillas en cuanto me encontraba mejor.

Una mañana Sonia salió a comprar el pan y el periódico y cuando volvió me encontró sentado en el porche, a pleno sol, con la mirada extraviada.

—Luis, ¿qué pasa, te encuentras mal?

—Verás, Sonia, siéntate, quiero decirte una cosa.

—Vámonos dentro, que hace mucho calor aquí.

—¡Que te sientes, hostias, que quiero hablar contigo! —grité, y Sonia se sentó un poco asustada.

—Vale, vale, Luis, tranquilo, dime qué pasa.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? Pasa que todo es una puta mierda, que estoy hasta los cojones de ti, de mi trabajo, de mi madre y hasta de mí mismo, que me largo.

—A ver, espera un momento, ¿te has tomado las pastillas?

—¿Tú estás sorda o gilipollas? Te estoy hablando de la vida, de la mierda de vida que llevamos y me sales con las pastillas. ¡Vete a tomar por culo!

Me marché y por lo visto estuve tres días desaparecido. La policía me encontró a unos 30 kilómetros de la casa, desorientado y con síntomas de deshidratación. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Todavía no lo

recuerdo. Sí recuerdo la rabia, la intensidad de la rabia que sentí hacia Sonia, como si ella fuese el motivo primigenio de toda mi desgracia. Por eso tuve que salir corriendo de allí porque si no, no sé qué le hubiera hecho.

Regresamos a Madrid para visitar a un especialista. Esta vez el diagnóstico no fue tan superficial. El médico propuso ingresarme unos días en una clínica para hacerme pruebas y ponerme la medicación adecuada. En ello estamos.

17 de septiembre

No entiendo.

Está todo borroso.

Sólo sé que participo de lo que ocurre. Que estoy en el mismísimo centro.

Tal vez podría vivir una vida completamente diferente a esta. Una vida que ahora solo puedo imaginar.

Puedo salir y cambiar. Dejarlo todo y buscar. Buscar un lugar en el que estar. En el que existir como soy ahora, con estas nuevas manos grandes y mi gran corazón. Con Sonia. Metido en ella para siempre, evitando así las grietas que están apareciendo en mis membranas.

He pensado que podría encontrar el futuro. Quizá ser un payaso. Un payaso como Schiner, partiendo del fracaso, partiendo de estar así, tirado sobre el piso, así, desnudo como si me acabaran de parir, como si Sonia me hubiese sacado de su útero. Entonces, ahora, volver allí, ser una parte suya para evitar el infierno de verla partir.